

NOVELA CINEMATOGRAFICA

EL
OGAR

42



30
CTS

CRUDT. ELZA TEMARY
ALBERTINI.
VEREBES

**LA CAZA
DEL MILLON**

WILTONES BISTAGNE

LA CAZA DEL MILLÓN



**La Novela Cinematográfica
del Hogar**

Publicación semanal de películas selectas

Director:

Año II Francisco-María Bistagne Núm. 42

Die Jagd Nach der Million
* **La caza del millón**

Novela de aventuras, interpretada por
Greil Berudt, Elza Temary, Luciano
Albertini, ~~Ernst Veredes~~, etc.

Ernst Veredes



* Screen "Jenny" Germany, 339

Exclusiva de

Programa Arajol

Aragón, 202

BARCELONA

POSTAL-REGALO: FÉLIX DE POMÉS

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Prohibida la
reproducción

Ticografía - Barcelona - Artban, 216 - Teléfono 72687 - Barcelona

La caza del millón

Argumento de la película

El hermoso vapor se acercaba a Hamburgo. Como despedida al pasaje de primera se había organizado un baile de gala que convertía los bellos salones del barco en los de un gran hotel cosmopolita.

Entre los pasajeros figuraban el barón Falcone y su sobrina Irina. Era ésta una muchacha hermosísima, de dorado cabello luminoso, esbelta y bien formada como las estatuas clásicas.

Habían embarcado en Inglaterra donde pasaron corta temporada. Ahora iban a vivir de nuevo en su palacio de Hamburgo y no pensaban ya

moverse de la ciudad hasta dar cima a importantes asuntos.

Falcone se había empeñado en casar a Irina con el conde Sandalo. Se había enterado de que este noble era muy rico y que, además, el día que contrajese matrimonio, cobraría por donación de una lejama pariente, un millón de dólares. La cláusula testamental exigía que Sandalo se casase; de lo contrario no percibiría la herencia.

—¡Un partido excelente, Irina!... Desde que conocimos al conde sólo hemos recibido atenciones de él... Ahora nos espera en Hamburgo a fin de concretar los detalles de la boda.

—Pero si no me gusta, ¡tió!—protestó la joven, angustiada.

—Acabará por gustarte. Todo es cuestión de tiempo... y de un poco de comprensión... Nosotros no somos ricos, hemos tenido grandes pérdidas de fortuna. Figúrate lo bien que te vendrá a ti el millón de dólares... ¿Y vas a dejarte escapar esa oportunidad magnífica?

—Sandalo no acaba de ser mi tipo ideal. Cada vez que hablo con él, me desilusiono.

—He ahí a lo que conducen las lecturas románticas... a hacemos perder la visión de la realidad... Pero niña, ¿es que te parece poco el

conde Sandalo? ¿A quién esperas, pues? ¿Al hijo de un rey?

—A un pobrecito cualquiera si de él me hubiese enamorado.



—¡Un partido excelente, Irina!

—Bah! No quiero perder el tiempo escuchando tonterías. La boda se celebrará en breve... y una vez casados vendrás a darme las gracias por la elección. Pero, ¿no haslas?

No.

—Peor para ti. Debías aprovechar tus días de solterita.

El barón se separó de su sobrina para reunirse con unos amigos y comentar asuntos de actualidad. Irina quedó cerca de la puerta con la mirada dolorosa perdida en la lejanía.

Varios muchachos la invitaron a bailar, pero a todos contestó lo mismo. Les rogaba que la dispensasen. No se sentía bien del todo.

De pronto apareció como surgido por escotillón, un muchacho de aspecto sonriente y mirada tranquila.

Ella le contempló con extraordinaria sorpresa. Pero, ¿quién era aquel hombre que aparecía y desaparecía de modo misterioso y no figuraba oficialmente entre los pasajeros del vapor?

—¡Buenas noches, señorita!—dijo el recién venido—. Me parece adivinar la causa de su melancolía. Su tío la quiere casar por la fuerza, ¿verdad? Debe usted seguir negándose... Yo la ayudaré y de antemano le prometo que no se casará con el conde Sandalo.

—Pero, ¿quién es usted?

—Yo soy Carlos...

—¿Qué más?

—Me permitirá que me reserve el apellido.

—¿Con qué derecho interviene en mis asuntos? Yo no le conozco a usted y...

—Debo velar por usted... y evitar un casamiento desgraciado. Por otra parte usted me interesa... y haré todo lo posible para casarme con usted.

—Haga el favor de retirarse. No puedo escuchar eso.

—¿Qué desgraciado soy! ¿Yo querría estar siempre con usted... Pero el capitán viene hacia aquí... Perdone... tengo que marcharme... Me olvidé de inscribirme como pasajero en el vapor... y quiero evitarme un disgusto si soy conocido.

—¿Es usted un polizón?

—Las circunstancias me obligan a ella. Algún día sabrá usted quién soy. No será la última vez que nos veamos.

Y salió precipitadamente, mientras el capitán y uno de los oficiales iba en su persecución.

—Pero, ¿usted conoce a ese hombre?—preguntó el capitán a su segundo.

—No, y me temo que sea un pasajero clandestino.

—Pues hay que alcanzarlo.

—Salieron a cubierta, mas ya el misterioso

viajero había desaparecido. Sin que ellos le vieran, había saltado por medio de una cuerda con rápida agilidad a uno de los ventanos inferiores, metiéndose hacia el departamento de la bodega.

El capitán, malhumorado por la presencia de aquel extraño visitante, ordenó:

—Mañana al desembarcar en Hamburgo que pidan la documentación a todos los pasajeros. De aquí no escapará una rata que no lleve los papeles en regla.

Entretanto, Irina se había retirado a su camarote para pensar en su próxima boda... y en las varias apariciones de aquel misterioso joven que tenía el prestigio de lo desconocido.

—¿Quién era? ¿Por qué le daba aquellas seguridades de que el casamiento no se celebraría?

Desde la primera vez que le viera, le parecía no estar ya tan sola. Tenía a alguien que la ayudase a luchar. Y además, sin saber por qué, ella se sentía interesada por aquel muchacho... No era desagradable su figura... y sus palabras enérgicas y firmes tenían la aureola del presunto vencedor.

* * *

Carlos se hallaba oculto en uno de los rincones de la bodega. En otro lugar de la misma, estaba Pedro, otro pasajero clandestino, un truhán sin dinero y sin modales, hombre capaz de engañar a la humanidad entera.

Pedro acostumbraba viajar de balde por toda la tierra, escondido en las bodegas de los barcos o subido al techo de los vagones ferroviarios. La cuestión era ver mundo sin costarle un céntimo... y sin trabajar. Cuando trabajaba, su labor era poco moralizadora. Se internaba entre las aglomeraciones y no era difícil quedarse con algún reloj de oro o alguna cartera con billetes... ¡Y luego a vivir! Vida fácil, tranquila y desprovista de remordimientos!

Pedro ignoraba la presencia de Carlos en la misma bodega. Tampoco Carlos sabía que tenía allí cerca otro hombre que como él se había negado a pasar por la taquilla.

Había elegido Pedro un estratégico lugar donde estaban las mejores provisiones del barco... y

ello le iba a las mil maravillas, pues comía de modo opíparo y gratuito... Lo malo era no poder salir al sol; por lo demás, no tenían tan bien los pasajeros de primera clase preferente.

Al día siguiente el barco llegó a Hamburgo. Los pasajeros fueron desembarcando, teniendo antes que mostrar su documentación al capitán. Debían luego pasar por la Aduana para el registro de los equipajes. Era esta operación larga y pesada.

Carlos se dispuso a salir a cubierta. Mas ¿cómo hacerlo? Pasó al departamento de equipajes donde unos cuantos hombres iban colocando los bultos en una grúa para trasladarlos a tierra.

Ocultábase entre las hileras de sacos y cajas buscando una ocasión para escapar. De pronto creyó oír pasos detrás de él y empezó a dar vueltas alrededor de los bultos preparados. Por fin distraídamente encontrábase frente a frente con otro hombre que parecía dar las mismas muestras de espanto que él.

—¡Acabáramos!—dijo el Carlos—. Creí que era usted un tripulante, pero o mucho me equivoco o... usted se esconde lo mismo que yo.

—Exacto. ¿Viaja usted sin pagar?

—Esta vez por fuerza, ¿Y usted?

—Yo por costumbre.

—Lo difícil será salir de aquí sin que nos vean.

—Hace tiempo que estoy pensando lo mismo.

—Yo soy hombre de recursos—dijo Carlos—. Verá usted como pronto nos vemos en tierra. Métase en este saco.

El truhán, convencido por las afirmaciones enérgicas del desconocido, obedeció, y Carlos le ató rápidamente dentro de un saco. Cargósele a la espalda y avanzó hacia el lugar donde estaban los tripulantes. Aprovechando unos instantes de distracción, echó el saco sobre el montón de maletas que estaban ya atadas a la grúa y él mismo se colocó agazapado detrás de los equipajes.

Sin que nadie sospechase que la grúa llevaba tan extraño equipaje, la máquina fué dirigida hacia tierra.

Pero el capitán y unos oficiales que se hallaban junto a la pasarela del barco se dieron cuenta de que un hombre iba en la grúa... y empezaron a gritar a los marineros que estaban en tierra, ordenándoles que lo detuviesen.

—Debe ser el pasajero clandestino. ¡Cogedle!

Pero Carlos sonreía, seguro de que no le iban a alcanzar... Muy cerca ya de tierra, cargado

con el saco, pues él no abandonaba al hombre que le había confiado su libertad, realizó un salto prodigioso y esquivando el encuentro de sus perseguidores, subió a un ascensor que le elevó a un terrado y desde allí por medio de otro montacargas descendió hacia otra parte del muelle, librándose definitivamente de las iras del capitán y los marineros.

Desató el saco... Pedro salió de él, magullado por la continua gimnasia.

—¡Estamos ya libres, amigo mío!—le dijo Carlos—. Ya ve usted que todo ha sido cosa de coser y cantar.

—¡Es usted un portento!—le dijo Pedro, asombrado—. Ya empezaba a dudar de poder escaparme sin incurrir en sospechas cuando llegó usted providencialmente. ¡Ah, cuánto me gustaría poder estar siempre con un hombre de su valía!

Carlos meditó unos instantes.

—¡Caramba!—dijo—. Precisamente necesitaba un ayudante, un colaborador. ¿Quiere usted serlo?

—Estoy desocupado hace años. Creo que el trabajo será una alegre novedad para mí.

—Pues trato hecho... Oigame, váyanse inme-

diatamente a alquilar un automóvil, pero sin chofer... No pierda tiempo.

Sacóse un grueso fajo de billetes.

—Camarada—dijo Pedro—, deben irle bien los negocios... Y con tanto dinero ¿ha tenido usted que viajar en la bodega?

—Dinero no me falta... ni pienso que me falte nunca... Pero me robaron el pasaporte... y, naturalmente, sin documentación... no puedo presentarme en ninguna parte. Mas, un poco rápido... Allí hay una parada de automóviles. Concrete condiciones y vuelva con el coche.

Pedro marchó acariciando unos cuantos billetes... Al cabo de unos minutos regresó ufano con el automóvil conducido hasta allí por el chofer que se retiró luego de haber percibido el depósito por el alquiler.

Carlos arreglóse precipitadamente su "toilette" y subiendo al coche se dirigió a la Aduana, deteniéndose ante la puerta principal.

Desde allí se divisaba la hilera de viajeros que esperaban a que les registrasen sus equipajes. Entre ellos estaban el barón Falcone y su so-
brina.

—No quiero perder de vista a esa mujer—dijo

Carlos—. ¡Ah, si pudiera por unos momentos separarla de su tío!

—¿Está usted enamorado de ella?

—¡Quizás!

—Vale la pena. Yo soy hombre de recursos. ¿Quiere que le deje sola a la joven?

—¿Podría usted hacerlo?

—Cosas más graves hice... y jamás me falló la combinación. Aguarde aquí.

Rápidamente escamoteó el reloj que llevaba Carlos en el bolsillo del chaleco. Pero Carlos era hábil como una ardilla.

—¿Qué hace usted?—le dijo.

—Trabajar. Forma parte de mi plan. Le devolveré el cronómetro, no se asuste.

Y dejando a Carlos como quien ve visiones, el alegre truhán dirigióse a la aduana y abriéndose paso a codazo limpio, consiguió ponerse a la cabeza de la fila, detrás del barón de Falcone quien indignado le obligó a retroceder.

—A hacer cola como todo el mundo.

—Yo no puedo esperar... Me aguardan para

CASSETTE.

—¡Atrás!

Disputaron violentamente agarrándose por las

solapas de la americana hasta que al fin, Pedro fué de nuevo arrojado de la fila.

Ya ante la puerta comenzó el truhán a meterse las manos en los bolsillos y a dar gritos.

—¡El reloj! ¡Me han robado mi reloj!

—¿Cómo ha sido eso?—le preguntaron.

—¡Mi reloj! ¡Mi pobre reloj! ¡Ah, ya sé!... Ese señor es el ladrón—y señaló al barón—. Cuando he disputado con él, me lo ha quitado. Me puso las manos en los bolsillos...

—¡Canalla! ¡Infame!—rugió el barón, enfurecido—. ¿Por quién me ha tomado usted? Pero ¿qué significa eso?

Y su sorpresa fué inaudita al ponerse las manos en el bolsillo y encontrarse con un reloj desconocido.

Pedro, que hábilmente se lo había puesto allí antes, lanzó un grito de júbilo.

—¡Mi reloj! ¡Mi reloj!...

Hubo un escándalo formidable. El barón, loco de vergüenza, aseguraba que no podía comprender aquello. Pedro, triunfante, tenía el reloj entre las manos y seguía acusando al barón de haberse querido apoderar de aquel recuerdo de familia.

Vino la policía a la que el barón se dió a

conocer... Indudablemente había habido algún error, y los guardias ruyeron para Falcone toda clase de consideraciones.

—De todos modos, señor barón—le dijeron—



—*Mi reloj! Mi reloj!*

tenga la bondad de pasar al despacho del jefe. Allí identificará definitivamente su personalidad.

—En el acto.

Irina estaba llorosa. Su tío la acarició y dijo:

—No te asustes, un maldito incidente incom-

preensible... Pero lo mejor—añadió viendo la atención con que les miraban los pasajeros—, es que te vayas a casa en seguida. Yo no tardaré en ir.

—Sí, tío.

Salió a la calle. Descaba cuanto antes marcharse. ¿Qué habría pensado la gente de ella y de su tío?

Carlos avanzó hacia ella.

—Señorita—le dijo riendo—. Mi automóvil está a su disposición. ¿Quiere aceptarlo?

—¿Pero se puede saber por qué me persigue usted de esa manera?

—Hoy no. Tal vez algún día se aclare el misterio. Ahora debo velar por usted. ¿Acepta subir a mi coche?

—Bien, acepto—dijo ella, intrigada.

Subió al carruaje. Pero vió en aquel instante a Carlos que hablaba con Pedro, y creyéndose víctima de una burla para separarla de su tío, cogió el volante y arrancó precipitadamente dejando en tierra a los dos hombres.

Pero éstos no se amilanaron y subiendo a otro desvencijado coche alcanzaron, tras una carrera accidentada, al de la bella mujer.

—¿Por qué huyó usted de mí? ¿Tanto me teme?—preguntó Carlos.

—Veo que para hablar conmigo usa usted de los procedimientos más reprobables. ¿Por qué ha puesto usted en evidencia a mi tío? ¡Eso es intolerable!

—El fin justifica los medios. ¿No conoce la máxima sabia y eterna? Yo, demasiado. La aprendí de mis enemigos. Pero al barón nada ha de ocurrirle. Tiene bastante influencia para poder librarse de toda responsabilidad. Además, la idea ha sido cosa de mi amigo; yo no lo hubiera hecho... Lo que quería era separarla a usted de su tío para poder decirle una vez más que no tema, que el casamiento que a usted tanto le apena, no se realizará.

—¿Pero con qué derecho se inmiscuye en mis cuestiones?—preguntó sorprendida.

—Con el derecho de estar enamorado de usted... con el de no permitir que me quiten a lo que más adoro.

—¡Oh, calle... calle! No es de esa manera misteriosa como se presenta usted, como ha de adquirir mi confianza... Nos ha seguido a Inglaterra... ha vuelto con nosotros en el barco... y siempre escondiéndose... siempre con el

temor de dar la cara... ¿No tendrá usted cuentas pendientes con la justicia?

—La justicia soy yo... Pero no me entendería usted aún... Adiós, Irina. Seguiré velando por usted... un día... y otro... hasta la consecución de mis fines...

Intentó besarle la mano que ella apartó con movimiento brusco. Sonriente Carlos la vió entrar en la quinta que ella habitaba... Y volviendo al coche donde había quedado Pedro marchó para instalarse en un buen hotel.

Al llegar a su casa Irina meditó largamente sobre aquel hábito de misterio que hacia algún tiempo rodeaba su persona. ¿Quién era aquel arrogante joven que la aseguraba no se efectuaría el casamiento con el conde Sandalo?

Sea quien fuese, el alma de Irina experimentaba por Carlos la dulce simpatía que es el principio del amor.

El barón Falcone fué puesto en libertad poco después. Su personalidad quedaba en salvo. Era incomprensible lo ocurrido. El prestigioso nombre

de Falcone era una garantía de immaculada honradez.

Insistió el barón para que su sobrina se casase con Sandalo.

—Estamos llenos de deudas—le explicaba—. El conde me ha prometido pagarlas en cuanto le den el millón de dólares... Vamos, Irina... Yo soy ya viejo... y ya no puedo pensar por mi propio esfuerzo en reconstruir mi fortuna. ¿Te vas a negar a complacerme? Recuerda que cuando a los cinco años quedaste huérfana, te recogí y he sido para ti como un padre... El conde es hombre joven y simpático, no estarías tan mal con él... No seas ilusa... y piensa donde está la realidad. ¿Te casarás con Sandalo?

Aquellas invocaciones a su pasado, a todo lo que su tío había hecho por ella, a la ruina en que se encontraba y de la cual sólo podía salvarle el dinero del conde, obligaron a Irina a resignarse y a aceptar con melancolía su sacrificio.

¿Qué remedio! Se casaría con Sandalo, aunque ese hombre no fuera ni mucho menos su tipo. Ni con dinero, ni con juventud, aquel noble era el ideal soñado en su adolescencia.

Pero inclinó la cabeza ante la fatalidad. Se casaría. Y tío Falcone corrió a anunciar la bue-

na nueva a su futuro sobrino quien manifestó un júbilo inmenso al conocer la noticia.

El conde Sandalo se dispuso a celebrar aquel fausto acontecimiento con una gran recepción en su casa que anunció para el sábado próximo. Durante la fiesta, el barón Falcone comunicaría a la concurrencia los próximos esponsales de su sobrina.

Esta se hallaba cada vez más abatida. ¿Tendría fuerzas suficientes para realizar aquel sacrificio? Había recibido varias cartas de Carlos, el protector incógnito, asegurándole que nada debía temer, que se resistiese a todo compromiso.

Pero ella, aunque ligeramente inclinada hacia aquel personaje, comprendía que no podía fiarse demasiado de él. ¿Quién era al fin y al cabo? ¿No sería un aventurero, un cualquiera? Sí, su modo de presentarse, su permanencia en el harco sin billete, sus procedimientos, todo hablaba en contra de su prestigio... E Irina consideró ya fatalmente destinada a casarse.

Sandalo tenía una amiga, Juanita, mujer de rompe y rasga que parecía poco satisfecha con la boda del aristócrata.

—No toleraré que te cases. Te quiero... y no

estoy dispuesta a perderte para siempre—le decía en tono amenazador.

—¡No seas loca!—respondióle el conde—. Tú sabes bien como me conviene casarme... Si no me caso, no cobro el millón de dólares que la parienta legó mediante una condición estúpida... Pero yo no dejaré de quererte. Y aun te recompensaré con esplendidez. Cobrarás una buena parte de la herencia.

—¡No me conformo! ¡Te quiero demasiado! No me importa el dinero, sino tú.

Y la besaba apasionadamente desconsolada de retener al conde. Pero éste consiguió calmarla asegurándole que el casamiento no implicaría ninguna variación en sus amores.

Y llegó la noche de la fiesta en casa del conde. Lo mejorcito de la ciudad estaba en el palacio del aristócrata.

Pero Carlos vigilaba por los alrededores de la finca. Subióse a una terraza permaneciendo junto a un balcón en espera de los acontecimientos. Estaba dispuesto a no tolerar que el barón Falcone anunciase a nadie el compromiso de su sobrina.

Samirale no se movía del lado de su novia que en vano procuraba sonreírle. Ella no podía.

El corazón parecía querer volar lejos de allí... e involuntariamente iba al recuerdo de Carlos.

Falcone, sonriente, se disponía de un momento a otro, a anunciar a todo el mundo, el fausto acontecimiento.

De pronto entró en los salones un fotógrafo con aspecto extranjero. Iba cargado con una gran máquina y el trípode. Hablaba con acento italiano y bajo su disfraz se ocultaba el famoso truhán Pedro.

—Señores—dijo el retratista—. Los criados no me dejaban entrar pero yo he llegado aquí sin su permiso. Voy a hacer a ustedes una fotografía para que aparezca en los periódicos ilustrados.

Todos aceptaron encantados la idea. Ahí era nada aparecer en los mejores diarios de la ciudad.

Pedro, sonriente, colocó a todos en posición adecuada, y repitió por cuatro o cinco veces la operación como si quisiera que saliese una verdadera obra de arte.

Fué a la máquina y con cabeza medio oculta bajo el paño negro, miró al balcón en que estaba Carlos. Este al escuchar en la calle una estridente sirena, le hizo un gesto, y Pedro dis-

paró la fotografía encendiendo al propio tiempo el magnesio.

La habitación quedó sumida en una atmósfera densa, pesada.

Carlos quedó envuelto en profunda oscuridad... Por los balcones y ventanas abiertas salía una gran cantidad de humo.

La gente tosía y gritaba sin comprender lo que podía ocurrir. Mientras tanto Carlos había cogido a Irina entre sus brazos e impidiéndole todo movimiento había saltado con ella hacia un balcón y se encaminaba a la calle... Subió a un coche... Pedro, en la oscuridad, realizaba extraños manejos.

La sirena que había sonado momentos antes era la del automóvil de los bomberos, quienes habían corrido a la finca, advertidos poco antes por un aviso telefónico dado por Carlos, de que en casa del conde Sandalo se había declarado un horroroso incendio.

El humo del magnesio que salía ahora por ventanas y balcones les hizo creer en la verosimilitud del aviso, y rápidamente enclufaron las mangueras y comenzaron a lanzar chorros de agua al interior del salón.

Se produjo todavía una confusión más espan-

ta. Los bomberos, aterrados, subieron a la casa y comprendieron que allí no había incendio alguno.

El conde, que parecía haber tomado un baño, daba muestras de una gran indignación.

—¿Qué han hecho ustedes? ¿Por qué están aquí? ¿Quién demonios les ha mandado?

El jefe de los bomberos se excusó.

—Nos avisaron por teléfono que había fuego en la casa... y el ver salir humo de los balcones, nos confirmó la noticia. Al parecer ha sido una broma de mal gusto, algo realmente punible.

—¿Quién debe ser ese miserable, quién?—rugió el conde viéndose a sí mismo y a sus propios invitados, hechos una lástima—. No puedo comprender... Pero ¿dónde está el fotógrafo? ¿Ha desaparecido!

—¿Y mi hija? ¿Dónde está mi sobrina?—exclamó el barón, desolado.

—¡Maldición! ¡La han raptado!

—¡Todo ha sido un plan maravillosamente urdido!

—¡Mi collar, mi collar!—dijo una dama.

—¡Y mi reloj!...

—¡Y mi sortija!

—¿Cómo? ¿Qué? ¡Oh, hemos sido robados...

todos robados!—dijo el conde—. ¡Avisad inmediatamente a la policía!... Terrible golpe el que acabamos de ser víctimas.

Rápidamente llamóse a la comisaría... ¿Quién podía ser el audaz bandido?



—¿Quién podía ser el audaz bandido?

Entretanto, Carlos, contentísimo por el éxito de su empresa, detenía su automóvil junto a la casa de Irina. Esta, que iba a su lado desvanecida, volvió en sí momentos después.

—¡Dios mío! ¿Cómo estoy aquí? ¿Usted!... ¡Oh... ahora me doy cuenta de todo!—suspiró.

—¡Vamos, Irina, supongo que no se habrá disgustado demasiado! Mi propósito era impedir



...iba a su lado desvanecida...

que se anunciase públicamente su boda con el conde... y lo he conseguido.

—Mi boda se celebrará pese a quien pese... aunque usted se oponga. Desgraciadamente ha de celebrarse... y nada podrá impedirlo.

—He querido demostrarle que puedo, que tengo medios suficientes para desbaratarlo todo... y así será en lo sucesivo... No llore, Irina... Si viera usted lo que yo la quiero... y el deseo que tengo de hacerla feliz.

Y atrevidamente rozó sus labios con los de ella.

—¡Déjeme, déjeme! ¿Con qué derecho? ¡Eso ya es demasiado!

Y, loca de vergüenza, abandonó el coche, subiendo rápidamente a su casa.

El se echó a reír y acelerando el auto partió a gran velocidad. Irina estaba aturdida... Aquel extraño episodio le causaba una gran desazón. Pero al propio tiempo había en sus labios el fuego del amor... ¿Qué iba a pasar en su vida? ¿Cómo acabaría aquella persecución misteriosa? ¿No se había de casar, desgraciadamente, con el conde?

Subió a su casa y telefoneó al barón, tranquilizándole sobre su paradero y diciéndole que se encontraba a salvo en casa.

Aquella noticia causó al barón y al conde profundo júbilo. Ahora sólo se trataba de recuperar las joyas... y la policía estaba dispuesta a actuar.

Carlos tuvo una indescriptible sorpresa al llegar al hotel y encontrarse con que Pedro se hallaba contemplando codiciosamente una caja en la que había innumerables relojes, sortijas y brazaletes de gran valor.

—¿De dónde has sacado tú esa joyería?—le preguntó asombrado.

—Pues de casa del conde. Me entretuve en desvalijar a todos los visitantes. Ya sabes que no acostumbro perder tiempo.

—¡Eres un loco... un canalla! ¿Qué va a pensar Irina de mí? ¡Dame inmediatamente eso!... Debemos devolverlo en el acto. ¿Qué has hecho? ¡En qué terrible compromiso me has metido!

—No crea que eso te entadase... Como es un asunto mío...

—Esos asuntos no son tuyos... sino míos... Las gentes que me rodean deben ser honradas, por convencimiento o por forzada obediencia.

Mañana mismo devolveremos todas esas joyas.

—Déjeme al menos un reloj. Siempre voy desorientado.

—Todo lo que has quitado debes devolverlo



—¿De dónde has sacado tú esa joyería?

Integramente... Es sagrado para nosotros.

Pedro resignóse a ver fallido su golpe. ¡Vaya con el señor escrúpulos!

Al día siguiente, Carlos y Pedro se dispusieron a enviar a la policía para que los devolviese

a sus dueños, los objetos robados. Pero poco antes de salir del hotel recibieron una visita desagradable: la de unos cuantos agentes.

La policía desde la noche última estaba realizando hondas investigaciones para aclarar el suceso. Se fijó en algunas personas que podían inspirar sospechas. Y por algunos detalles, por algunas misteriosas actitudes de Pedro, se dispuso a interrogar a Carlos y a su compañero.

Los dos conservaron gran serenidad al recibir la visita de los agentes. Tenían sobre la mesa la cajita cerrada en la que había las joyas.

Un inspector pidió a Carlos su pasaporte... Este sonrió y le dijo a Pedro:

—¿Qué hiciste con mi pasaporte? Haz el favor de buscarlo.

—Debe estar en el armario.

Por suerte, el día anterior, Carlos, que comprendía lo peligroso que era ir sin documentación, había ordenado a Pedro le buscara por cualquier medio un pasaporte.

—¿Había tenido tiempo de adquirirlo?

Pedro era listo y lo llevaba en el bolsillo desde horas antes. Hizo ver que lo sacaba del armario y lo entregó a Carlos quien a su vez lo puso en poder del jefe de policía.

Este leyó el documento. Estaba extendido a nombre de Ernesto Barrantes, súbdito americano.

—A ver—dijo a uno de los agentes—. Mire usted en sus papeles si hay antecedentes de este tal Barrantes.

¡Vaya si los había! ¡Y realmente trágicos! Barrantes era un estafador, un bandido escapado varias veces de presidio, y ladrón internacional de altos vuelos.

—¡Ah! ¿Conque usted es Barrantes?—dijo el jefe—. ¡Pues dese preso! ¡Ahora responderá de sus delitos!

—¿Preso yo?

Se echó a reír, y cogiendo la caja de las joyas saltó por una ventana hacia el tejado, seguido de Pedro.

Los agentes corrieron en su persecución, pero fué inútil su intento.

Con saltos inverosímiles, con magníficas audacias, consiguieron despiatarles, pudiendo llegar a terreno seguro.

—Tú estás loco, Pedro. ¿Cómo diablos te has proporcionado ese pasaporte?

—Se lo quité ayer a un señor en un cabaret... y la mala suerte ha hecho que se tratase de un ladrón. Eso demuestra que abundan.

—Si nos llegamos a descuidar... Bueno, ahora entregaremos esto a la policía... pero no, lo enviaremos a la casa del barón Falcone...

Así lo hicieron, entregando la caja a un criado y ordenando que la hiciese llegar a manos del barón Falcone.

Este recibió encantado aquella devolución; y telefoneó inmediatamente a los interesados participándoles la grata nueva e invitándoles a venir a recoger los objetos.

Carlos y Pedro siguieron su camino. El primero iba radiante, con la alegría de haber realizado una acción honrada; el otro de un humor insoportable, lamentando que aún quedaran tantos hombres honrados en la tierra.

De pronto vieron a Irina que iba guiando una bella "charrette" tirada por dos caballos.

Carlos, emocionado ante la presencia de la mujer amada, quiso correr a su encuentro, pero ella, que ignoraba que el joven hubiese devuelto las joyas, y que le creía un ladrón, azuzó a las bestias, y lanzó el coche a todo galope...

Los caballos se desbocaron y pusieron en grave peligro a la muchacha. Carlos, saltando rápidamente y ganando terreno con maravillosas acrobacias, consiguió subir al pescante del coche de

su enamorada, cuyos caballos detuvo a tiempo.

—¡No tema usted nada de mí!—le dijo—. Yo nada tuve que ver con el robo de las joyas. Además están ya devueltas. Las he enviado a casa de su padre para que las entregara a sus legítimos dueños.

Aquellas palabras tranquilizaron a la muchacha... Ya no quiso huir de él, pero le rogó una vez más que no insistiera en sus visitas absurdas.

—Me voy a casar con el conde y será inútil cuanto usted intente para impedirlo. Se lo suplico, déjeme usted en paz... porque me caso sin remedio. Mi tío está en gravísima situación financiera... El conde cobrará un millón el día de la boda y ha prometido pagar las deudas... ¿Se da cuenta de mi situación?

—Comprendo que es usted la víctima inmolada. Pero yo le aseguro que su boda no se realizará... Y ánimo, no todo está perdido. Se arreglará su situación... y la de su tío... Yo se lo prometo.

—¿Quién es usted para afirmar todo eso?

—No puedo decirlo aún.

Distraídamente iban por la vía del ferrocarril... De pronto se encontraron ante un túnel que atravesaron al lento paso de los caballos.

Pero a la salida vieron avanzar por la misma vía un tren que por momentos se echaba sobre ellos.

Horrorizada Irina se estrechó contra su misterioso protector y éste la besó suavemente.

—¡Irina! ¡Eso es simbólico!—dijo—. Como nos hemos salvado de ese peligro, nos salvaremos también del de la boda. Y no temas, aunque te veas en la vicaría, confía en mí...



Llegó finalmente el día de la boda. A pesar de los optimismos de Carlos, Irina no confiaba en él, y como por otra parte la situación financiera del tío se agravaba en términos extraordinarios por haber vencido unas hipotecas, Irina se dispuso a ir ya sin más vacilaciones ni dudas al matrimonio.

La ceremonia había sido anunciada para aquella mañana en el palacio municipal.

El conde Sandalo tuvo que calmar de nuevo

los ímpetus de su amiga Juanita que no se resignaba a la pérdida de su cariño.

Juanita estaba enfurecida. No se movió de casa del conde y comentó con el mayordomo su situación.



Juanita estaba enfurecida.

Sandato se dirigió al municipio. No había llegado aún la comitiva de la novia, pero no podía tardar. En una cartera llevaba los documentos que acreditaban su personalidad.

Al menos eso creía. Pero no sabía que poco antes de marchar él, Carlos había entrado en la casa y se había apoderado de la importante documentación cambiándola por recortes de diario que encerró en la preciosa cartera.

Carlos y Pedro, dispuestos a todo, entraron poco después en el cuarto donde estaban hablando Juanita y el mayordomo, y los detuvieron...

Atemorizada, Juanita no hizo resistencia alguna; no así el mayordomo que quiso defenderse valientemente, pero sin que eso le sirviera. Lo metieron dentro de un saco y tirándolo por el toldo que había bajo el balcón, lo subieron a un carrito de mano.

Otros criados de la casa al ver la descortesía con que era tratado el mayordomo, se lanzaron sobre los dos intrusos, pero éstos conocían muy bien el arte de luchar. Y anulándolos por entero, los metieron igualmente en varios sacos y los colocaron en el carrito, que Pedro empezó a tirar entre alegres sonrisas, mientras Carlos acompañado de Juanita se dirigía rápidamente al municipio.

Irina había llegado ya. Junto a ella estaba su tío rehusante de satisfacción. Por fin podrían

pagarse sus deudas... La vida volvería a adquirir un envidiable sentido de tranquilidad.

Un funcionario se disponía a hacer firmar a los novios el contrato civil. Pero en el momento en que iba a comenzar el acto, presentóse Carlos.

Irina lo contempló con espanto; el conde, lívido y tembloroso... Los demás miraban con curiosidad al extraño personaje que sonriente avanzaba hacia la mesa.

—¿Quién es usted?—le preguntó el funcionario—. ¿Qué desea?

—¿Que quién soy yo? Eso lo sabrán más tarde... Ahora me propongo impedir ese casamiento.

La sensación era indescriptible... Enfurecido el conde parecía comérselo con los ojos.

—¿Por qué motivo?—rugió.

—Porque usted no es el conde Sandalo.

—¿Que no soy el conde? ¿Está usted loco?

—No. Tengo pruebas... Están en mi poder. ¿Dónde tiene usted los documentos que le acreditan como tal?

—Aquí... en la cartera.

Sandalo abrió la cartera pero no encontró en ella más que recortes de periódicos.

—¡Me los han robado!... ¡Me los ha robado usted!

—Sí, se los he robado yo... yo... porque son míos... Porque el conde Sandalo soy yo.

—¿Usted?—exclamó Irina con inesperada alegría.



—...el conde Sandalo soy yo.

—¿Eso no puede ser!—dijo Falcone—. ¡No es posible!

—¡Miente... usted miente!—rugió Sandalo, desesperado—. Pruebas... pruebas de esa falsa afirmación.

—¿Pruebas? ¡Ahora mismo!

Salió y reapareció momentos después con Juanita.

—Esta mujer me ha prometido confesar la verdad... y va a hacerlo en el acto.

—¡Calla, Juanita, calla!—suplicó Sandalo.

—¡No, no!—contestó Juanita—. Prefiero que nos perdamos todos antes que te cases con Irina. Te quiero para mí... y no serás de nadie más... Es cierto lo que dice este señor... él es el verdadero conde Sandalo... Hace varios meses, viajamos juntos en un aeroplano, desde Inglaterra a Francia... Al llegar a la costa francesa... el avión se estrelló contra el suelo... y el conde quedó gravemente herido. Ni mi amigo ni yo, sufrimos el menor daño... Nos levantamos... y viendo que el conde estaba desvanecido, le quitamos los documentos... La cuestión era que ni pintada. Y desde entonces mi amigo se ha hecho pasar por el conde... pero yo nunca, nunca quise que se casase... ni aunque fuese por lograr el millón.

El usurpador quiso huir, pero se lo impidieron... Y el verdadero conde Sandalo, complementó la narración.

—Yo, cuando el accidente, no estaba desmayado como creyeron, sino simplemente aturdido.

Pude ver como me robaban. Me encontré sin documentación alguna... pero he ido siguiendo paso a paso los propósitos viles de ese hombre... Como yo soy americano, no podía identificar realmente mi personalidad... Pero todo llega al fin... y hoy han caído las caretas.

Instantes después llegó la policía... Uno de los agentes al enterarse del verdadero nombre del falso Sandalo, mostró gran regocijo. Se trataba precisamente de otro ladrón internacional al que había que ajustar las cuentas. Fué esposado y conducido a la prisión lo mismo que Juanita por la que el verdadero conde prometió interesarse.

Iban ya todos a salir cuando abrióse la ventana y apareció Pedro señalando el carrutón en el que estaban metidos en varios sacos, los criados que eran cómplices del aventurero.

—Si necesitan ustedes testigos, aquí van unos cuantos—dijo.

Carlos, sonriente, avanzó hacia Irina que estaba dominada por la más intensa emoción.

—Le dije que no se casaría con aquel hombre... y lo he cumplido. Ya que estaba dispuesta a hacerlo con el que creía el conde Sandalo, ¿quiere casarse conmigo?

—Carlos... muchas gracias... pero me siento renvida... Son demasiadas emociones para mí. Déjeme meditar, pensar todo eso... Tiempo nos ha de quedar para todo.

—Sus deseos son órdenes, Irina.
Y la ceremonia quedó suspendida.

* * *

Semanas después se celebraba la boda con pompa soberana. Irina se casaba con el conde Sandalo, con el verdadero, con el que además de rico, joven y arrogante, era el hombre ideal.

El barón Falcone no cabía en sí de gozo. El conde había pagado ya todas sus deudas...

Pedro prometió en lo sucesivo ser un hombre honrado... y el conde le dio los medios para que caminase por la senda del bien...

Y Sandalo y su esposa marcharon a París para olvidar en el trajín de la capital francesa las diversas emociones de su pasado.

F I N

La Novela Cinematográfica del Hogar

Números publicados:

1. Puertas cerradas - 2. Madre pecadora - 3. Estrella simbólica - 4. La loca del pasado - 5. La mujer de Satanás - 6. Jimmy, el misterioso - 7. Nueva mujer, nueva vida - 8. Amanecer - 9. Tres la cortina - 10. Los misterios de Londres (La divina pecadora) - 11. En la vieja Arizona - 12. Honrando a la madre - 13. Nobleza beltrana - 14. Su majestad El Amor - 15. Amor aliebro - 16. Eugenia Grandet - 17. Ana contra el mundo - 18. La hermana blanca - 19. De mujer a mujer - 20. Mujeres frívolas - 21. No me olvides - 22. El caballero del amor - 23. Estrellas fugaces - 24. Tobillos de oro - 25. En nombre de la amistad - 26. El prisionero de Zenda - 27. Señales fricioneras - 28. El príncipe Stravos - 29. Fútbol, amor y toros - 30. Hombres peligrosos - 31. Sed de carito - 32. Luna de miel - 33. Shari (la hechicera oriental) - 34. El príncipe de los diamantes - 35. Una mujer en Wall Street - 36. Los tres hermanos - 37. Carne o cruz - 38. La calle del azar - 39. La batalla de París - 40. Malas compañías - 41. El conquistador.

Los números van acompañados de una artística postal-bicolor

Próximo número:

El enemigo silencioso

por Iefes Yellow Robe, Lung Lane
Akawannah Spotted Elk

Ediciones BISTAGNE publica éxito tras éxito.

Véase si no:

El precio de un beso

por José Mojica y Mona María
(8 ediciones)

Del mismo barro

por Mona María y Juan Torera
(6 ediciones)

Ladrón de amor

por José Mojica y Mona María
(2 ediciones)

El Valiente

por Juan Torera
(2 ediciones)

El presidio

por José Crespo
(2 ediciones)

Romance

por Greta Garbo y Lewis Stone

El gran charco

por Maurice Chevalier y Claudette Colbert

Esta semana, la emocionante novela

Tempestad

por John Barrymore y Camilla Horn

En breve:

Anne Christie

por Greta Garbo

¡ATENCIÓN!

Se está agotando la

Biografía de Maurice Chevalier

(14 ilustraciones en el texto, a cual más interesante. Postal-regalo del famoso *chansonnier*).

Precio: 50 cts.

Éxito franco, esperado, de la **Colección de 6 postales de**

Maurice Chevalier

con **Claudette Colbert**

en EL GRAN CHARCO

Precio: 30 cts.

Colección de 6 postales de

José Mojica

(2 ediciones)

Precio: 30 cts.

Muy en breve:

Biografía de la famosa

GRETA GARBO

con numerosas fotografías de la eximia artista.

Éxito verdad de

La Novela ADAN

Compañera de la no menos atractiva EVA

Publicación semanal

Precio: 30 cts.

Formidable éxito de

La Novela EVA

Publicación semanal

de novelas modernas

Precio: 30 céntimos

Gran éxito de la nueva publicación

Novela Teatral

Aparece los miércoles publicando, noveladas,
las mejores obras de teatro

Precio: 30 cts.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Oficina, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbarrá, 16; MADRID: Caños, 1



Ediciones BISTAGNE

Passeig de la Pau, 10 bis

Teléfono 18601

BARCELONA